
Crónica de una masacre.**El potencial redentor y transformativo
de los archivos**

René Cordero*

Hace casi cincuenta años, el 9 de octubre de 1971, una masacre realizada por fuerzas policiales en un barrio de Santo Domingo conmovió a toda la nación dominicana¹. Reyes Florentino Santana, un estudiante universitario comprometido en proyectos de formación comunitaria, junto a cuatro amigos suyos fueron vistos por última vez saliendo de un velorio esa noche de octubre. A la mañana siguiente sus cuerpos fueron encontrados dispersos por la ciudad con señales de tortura en sus extremidades. Sobrevino el usual grito por los derechos humanos y las protestas ante la invasiva violencia del estado se regaron por toda la ciudad. Pero prevaleció la impunidad disfrutada por los oficiales de la policía, a nadie se le hizo responsable del hecho. Llamado por la curiosidad ante este acto de violencia gratuita, comencé a investigar esta masacre como parte de mi futuro proyecto de tesis doctoral sobre cómo la juventud activista y el estudiantado transformaron la cultura política e intelectual de la República Dominicana en los años inmediatamente posteriores a Trujillo. Mi búsqueda llegó a un descubrimiento escalofriante. Cautivado por las fotografías y documentos policiales acerca de la masacre lo-

* Candidato al doctorado en historia, Brown University, Estados Unidos.

1 Luis Ovidio Sigarán, «Terrorismo Cobra Cinco Víctimas», *Listín Diario*, octubre 11, 1971.

calizados en el Archivo General de Nación (AGN), regresé al hotel para compartirlo con mi madre. Cuando se echó a llorar al ver los documentos, me confesó que Santana había sido su primer novio en la adolescencia y que nunca se había sobrepuesto de su muerte.

El descubrimiento de esta masacre de la cual mi madre nunca me había hablado me hizo reflexionar sobre el potencial de los archivos como espacio de sanación y transformación política. Familias como la mía se vieron forzadas a migrar, dejando atrás historias familiares y desgarrando importantes tejidos sociales. Para ellas, los descubrimientos de archivo sobre la violencia del Estado han ofrecido, por un lado, un acercamiento más estructurado para comprender los traumas y, por otro, una redención política y personal a la violencia inexplicable. Durante décadas nadie supo por qué Santana y sus amigos habían sido brutalmente asesinados. Ellos no tenían antecedentes políticos especialmente izquierdistas y tan solo estaban involucrados en eventos deportivo-culturales de su comunidad. Sin embargo, unos oficiales los detuvieron, los encerraron en una habitación y los torturaron hasta matarlos.

En la República Dominicana la persecución anticomunista durante la Guerra Fría tuvo una mezcla espeluznante de lógica racial y de clase. A partir del asesinato de Rafael Leónidas Trujillo (1930-1961), las demografías políticas y sociales del país cambiaron drásticamente. La gente joven comenzó a participar en la política en una escala sin precedentes, dirigiendo muchas de las protestas y movilizaciones que desafiaron los pilares del sistema autoritario trujillista, convirtiéndose en la vanguardia política del país hasta bien entrado los años 70. Esto produjo un gran cambio en la demografía social. Mientras los activistas jóvenes luchaban por una economía distribuida más equitativamente, los hijos de los campesinos y de las comunidades afrodominicanas emergentes en las afueras de la ciudad de Santo Domingo entraban en las escuelas públicas y en la educación superior a un ritmo imponente. Como indica la historiadora Ángela Hernández, entre la primera parte de los años 60 y la mitad de los 70 la presencia de

mujeres y de hombres de las clases más bajas en la Universidad Autónoma de Santo Domingo aumentó en un 740 %². El mayor desplazamiento sociopolítico de la República Dominicana durante los años 60 significó que la economía y el control político de los militares y de la oligarquía percibieran una amenaza a su existencia que no habían experimentado desde la subida del régimen de Trujillo.

La masiva participación de jóvenes negros dominicanos de la clase trabajadora en la política y en la esfera pública generó una violencia arbitraria en los barrios de la República Dominicana. Las variables de ser negros, pobres, jóvenes y estudiantes sirvieron como ingredientes para la receta de persecución del estado dominicano. Santana y sus amigos entraban en todas estas categorías sociales y pagaron con sus vidas. En la actualidad sabemos que los oficiales involucrados en la matanza estaban motivados por una sed de sangre, un odio profundo hacia aquellos en el fondo de la rígida jerarquía social. Su deseo de poner fin a la vida de esta gente joven no estaba conducido por ningún fervor ideológico anticomunista. Más bien, ellos simplemente vieron estos cinco adolescentes como una presa fácil en una era en que se habían desatado las riendas del odio racial y de clases.

Esta masacre sirve como un microcosmos para una época de nueva violencia del Estado dominicano, una que tuvo mucho menos precisión quirúrgica que la de Trujillo. El régimen de Trujillo impuso la violencia más estructuralmente; apuntó a líderes políticos, a trabajadores, a negociantes y a cualquiera que hablara en contra del régimen. En última instancia, la decisión de asesinar a alguien quedaba en manos del mando autoritario de Trujillo. Esto no fue así durante los años posteriores a Trujillo, particularmente durante el caos de los años siguientes a la guerra civil y a la intervención de los Estados Unidos. La violencia después de la guerra y durante el régimen de Balaguer se mostró desorganizada, esparciéndose por los barrios, ciudades y pueblos, en búsqueda de aquellos sos-

2 Angela Hernández, *Emergencia del silencio* (Santo Domingo: Editora Universitaria-UASD), 142.

pechosos de un comportamiento «subversivo». Con frecuencia, aquellos sospechosos de actos subversivos eran jóvenes, de escuelas públicas, pobres y negros.

La experiencia de mi familia con este descubrimiento archivístico nos compele a revalorar lo que nosotros asumimos sobre la utilidad de los archivos, lo que hacemos con nuestras fuentes una vez encontradas y cómo vamos encuadrando nuestras preguntas de investigación. Como historiadores nos hemos acostumbrado a pensar en los archivos como una herramienta del Estado, un conocimiento creado a partir del poder de vigilar. Y, por tanto, el archivo se ha convertido en un símbolo de la represión del Estado. Sin rechazar el valor de esta evaluación, yo propongo que tratemos los archivos como un lugar multifacético, más allá de su influencia unilateral de poder del Estado y de represión. No es suficiente leer el archivo «a contra pelo» como los historiadores ya hacemos³. Además de esta práctica, el archivo tiene gran fuerza para traer un cierre emocional, la justicia política y una interpretación organizada del mundo para las víctimas de la violencia política.

El hábito represivo de documentar, propio del archivo, recientemente se ha convertido en el factor más importante para sanar mucha de la violencia autoritaria de América Latina. Vemos este proceso más claramente depurado en Guatemala, donde de pronto la reaparición de setenta y cinco millones de documentos policiales ha tenido gran impacto en el activismo posterior a la Guerra Fría. El descubrimiento de estos archivos, dice la historiadora Kirsten Weld, ha renovado la conversación nacional sobre la memoria histórica y la justicia transnacional. La iniciativa de financiamiento internacional, el Proyecto de Recuperación de los Archivos Históricos de la Policía Nacional (PRAHPN), está rescatando los documentos en mal estado y analizando sus contenidos con el objetivo de llevar a la justicia a oficiales por crímenes contra la humani-

3 Ann Laura Stoler, *Along the Archival Grain: Epistemic Anxieties and Colonial Common Sense* (Princeton: Princeton University Press, 2009).

dad cometidos durante la brutal guerra civil en Guatemala⁴. En este país el archivo no es solamente el lugar de redención individual sino de rendición de cuentas para la nación. Como indica Weld: «Los documentos, los archivos y el conocimiento histórico son más que simples bloques de construcción de la política – son en sí lugares de batalla política contemporánea»⁵, lo cual es cierto en todos estos casos, tanto para mi madre y para Guatemala y también para el resto de América Latina.

Estos descubrimientos de archivo, descritos en el caso de Guatemala y en el de mi familia, no aparecieron por la mera existencia de los archivos, sino como resultado de las preguntas de investigación del historiador. Si no hubiera acudido con mis preguntas específicas sobre las maneras en que la lógica represiva de Balaguer intersectaba raza, región y género, probablemente yo no habría llegado a la investigación de esta masacre y no habría experimentado ese encuentro transformativo político y emocional con mi madre. De cualquier manera, los historiadores no somos detectives contratados en búsqueda de evidencias del tipo «pistola humeante» para resolver mágicamente las preguntas históricas. Aunque el archivo detenta su poder transformador en documentos basados en hechos a menudo incriminatorios, el trabajo del historiador es tamizar a través de los silencios, mentiras y verdades incriminatorias. El momento actual en la academia presenta una oportunidad única para fusionar nuestras innovadoras preguntas con la abundancia o escasez de colecciones archivísticas.

Lo que hagamos fuera de la academia con el poder de las cualidades redentoras y transformativas del archivo presenta uno de los mayores desafíos al académico contemporáneo. ¿Cómo organizamos los avances de la tecnología para ofrecerle al público un mayor acceso a las colecciones archivísticas? Los

4 Kirsten Weld, *Paper Cadavers: The Archives of Dictatorship in Guatemala*, *American Encounters/Global Interactions* (Durham: Duke University Press, 2014), 4-5.

5 Weld, *Cadavers*, 3.

proyectos de digitalización archivística, aunque presenten algunos problemas éticos y aporías, tienen el potencial de cambiar la relación alienada del público con la investigación histórica. La digitalización puede ser una herramienta para la lectura de inmersión y para el uso del público en el activismo político. Sin embargo, el desafío de la diseminación presenta otra pregunta: ¿cómo podemos difundir la existencia de este acceso? Esto significará una más estrecha relación del historiador con el público.